



Los Cíclopes de la Cultura. Cultura y Guerra en Nietzsche

Ana C. Conde

Cultura (y, por ende, civilización) y guerra parecen haber constituido uno de esos ejes alrededor de los cuales la polémica en torno a Nietzsche se levanta, claro que ésta bien puede eruirse como un titán o como un mero títere. Titán por la potencia que la constituye, títere por ser pura pantomima y por carecer de sentido en sus argumentaciones. También puede ser - se dirá y con razón - que esta polémica se enrede alrededor de dicho eje como una hiedra y así, alimentándose de él, crezca desproporcionadamente sin orden ni concierto, *totum revolutum*, *wirr durcheinander* que dicen los alemanes. Claro que las hiedras suelen crecer en torno a ruinas y, tras tanto follaje, poco dejan ver del eje en cuestión. Sólo tenemos hiedra, ni tan siquiera ruina, así que esta última metáfora no nos vale: cultura y guerra son heridas no cerradas, quizá demasiado abiertas, quizá demasiado vivas, en una historia de títeres, en el caso de Nietzsche, demasiado interesados en cercenamiento de textos, malas interpretaciones, manipulaciones ideológicas y textos supurantes, pero nunca ruinas. Desechada esta imagen, nos quedan titanes y títeres, pero eso poco nos ayuda porque ya sean vanos pretextos para atacar a un autor, pantomima, o firmes tesis que con fuerza confirmen la acusación, titanes, lo cierto es que Nietzsche en general y su pensamiento político en particular no se agotan y las interpretaciones siguen creciendo hasta ocultar lo que realmente se dice, de forma que tenemos...hiedra. Nos quedamos pues, finalmente, con la síntesis de ambas: con los titanes, que articulan argumentos de peso mostrando los puntos oscuros, demasiado oscuros, de sus planteamientos, y con títeres y hiedras, que imposibilitan la visión de la herida abierta, siempre infectada¹.

En el caso de Nietzsche muchos son los frentes abiertos, muchas las heridas, muchas las infecciones. En su flanco político, muchas han sido las lanzas contra él arrojadas, algunas de ellas profundamente hendidas y no sin razón. Pero la profusión de heridas ha convertido a Nietzsche en muchos casos en una especie de «hombre usado», al igual que el militar del cuento de E.A. Poe², convertido en un conglomerado de piezas, en este caso de interpretaciones, que han acabado deformándolo. Y entre guerras y batallas seguimos moviéndonos.

Mucho se ha dicho de este filósofo. No hay traje que no se le haya probado: antipolítico, apolítico, ilustrado, contra-ilustrado, crítico radical de la ilustración, defensor de la democracia liberal y del liberalismo y también su detractor, nacionalista,

¹ No queremos decir con esto que contra Nietzsche sólo haya habido «ataques» para destronarlo (como sí ocurre en la mitología griega con las pugnas entre los titanes y Urano) o para tratar de desacreditarlo a cualquier precio (títeres). Evidentemente, Nietzsche ha tenido detractores pero no sólo eso. Por eso decíamos que las polémicas que han suscitado los planteamientos de Nietzsche, tan sólo las polémicas, pueden ser entendidas como esfuerzos inútiles o como argumentaciones de peso.

² Nos estamos refiriendo al personaje de John A.B.C. Smith del cuento *El hombre usado* de 1850 (también puede encontrarse bajo el título *El hombre que se gastó*). En *Obras completas*, tomo I, Aguilar, Madrid, 2004, págs. 617-625. Traducción de Julio Cortázar. Se narra la historia de un militar que, a fuerza de costuras y cirugía por sus múltiples heridas de guerra, finaliza por convertirse en un retablo de piezas prestadas que se rebelan contra él y le dan muerte.

protonazi, medio nazi o nazi entero³... Todo depende de la tijera del sastre que corte los textos. El problema surge cuando, lejos de interpretaciones, se encuentran fragmentos como este⁴: «(...) *la guerra es justamente tan necesaria para el Estado como la esclavitud lo es para la sociedad*»⁵, sobre todo teniendo en cuenta que para Nietzsche la esclavitud «*pertenece a la esencia de una cultura*»⁶ puesto que «*para que exista un subsuelo ancho, profundo y fértil para un desarrollo artístico, la enorme mayoría tiene que ser sometida, como esclavos, al servicio de una minoría*»⁷. ¿Defensa de la esclavitud? ¿Defensa de la guerra? «*¡debéis amar la paz como medio para nuevas guerras, y la paz más corta que la larga!*»⁸. Pero si para Nietzsche la guerra es *indispensable*⁹, también encontramos afirmaciones que reflejan su sinsentido «*En contra de la guerra puede decirse: embrutece al vencedor, envilece al vencido*»¹⁰. Esta selección de textos, que, por otro lado, no dejan de ser «tijeretazos», han de ser contextualizados. Ni titanes ni títeres ni hiedras, nuestro propósito a lo largo de las páginas que siguen, es sólo uno: mostrar la relación guerra / cultura en clave política a través de los textos del propio Nietzsche para tratar de desentrañar qué papel desempeña la guerra en el desarrollo de una cultura. Una idea nos guiará y en torno a ella nos vertebraremos, mas no como hiedra - no queremos ocultar -, tampoco como títeres - nos situamos lejos de tergiversaciones y manipulaciones ideológicas -, ni como titanes - nuestras pretensiones son mucho más humildes -, tampoco como podadores, que vendría al caso: cortando al mismo tiempo tanto malezas y malas hierbas, como hilos que sujetan títeres, sino como «radiólogos de textos»¹¹. Otra metáfora más. Con esa no contábamos, pero nos sirve para nuestro propósito: encontrar el eje de evolución de una idea analizando el tejido que poco a poco el propio autor fue embastando en sus textos. Ese planteamiento-guía es, digámoslo ya, que tanto la guerra como la cultura están al servicio de la voluntad de vivir. Trasfondo metafísico, cierto, pero difícilmente en Nietzsche podemos separar la política de su filosofía, tal es el entramado: la política es dependiente, pero irreductible de ésta: «*Es evidente que, tanto desde un punto de vista teórico como desde uno práctico, la política no ocupa un lugar central o preeminente en la obra de Nietzsche; sin embargo, esta verdad no implica, ni lógica ni hermenéuticamente, la negación o devaluación de su pensamiento político*»¹².

Tanto la guerra como la cultura están al servicio de la voluntad de vivir - hemos dicho -, esto es: la violencia, el horror y la crueldad son inherentes a la vida misma que

³ José Emilio Esteban Enguita: *El joven Nietzsche. Política y tragedia*, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 2004, págs. 20-21.

⁴ E incluso así, acudiendo a los textos, tendremos dificultades puesto que, como afirma Eugen Fink: «*Nietzsche ha encubierto más que manifestado su propia filosofía*». En Eugen Fink: *La filosofía de Nietzsche*, Alianza Editorial, Madrid, 1981, pág. 12. Traducción de Andrés Sánchez Pascual.

⁵ Friedrich Nietzsche: *Fragmentos póstumos sobre política*, Trotta, Madrid, 2004, pág. 73, § 36, Fragmento de finales de 1870 - abril 1871. Traducción de J.E. Esteban Enguita.

⁶ Ibid., «El Estado griego», p. 97, § 49.

⁷ Ibid., p. 97, § 49.

⁸ Friedrich Nietzsche: «Coloquio con los reyes» en *Así habló Zaratustra*, Alianza Editorial, Madrid, 1999, pág. 339. Traducción de Andrés Sánchez Pascual.

⁹ Nos remitimos al parágrafo 477 de *Humano, demasiado humano*, vol. I, op. cit., pág. 231, que lleva por título precisamente «La guerra, indispensable».

¹⁰ Friedrich Nietzsche: *Humano, demasiado humano*, vol. I, op. cit., pág. 217, § 444.

¹¹ Desde luego el propósito que anima estas páginas no es el de «defender» las concepciones de Nietzsche, sino tan sólo el de exponer el problema de la guerra desde una perspectiva política. Difícilmente podrían justificarse algunos planteamientos que atentan contra la dignidad humana y justifican lo inhumano.

¹² José Emilio Esteban Enguita: op. cit., pág. 33.

quiere vivir y lucha por ello «la vida misma es esencialmente apropiación, ofensa, avasallamiento de lo que es extraño y más débil, presión, dureza, imposición de formas propias, anexión y, al menos, en el caso más suave, explotación»¹³ y esto es así porque la vida es voluntad de poder¹⁴ «la explotación no forma parte de una sociedad corrompida o imperfecta y primitiva: forma parte de la esencia de lo vivo, como función orgánica fundamental, es una consecuencia de la auténtica voluntad de poder, la cual es cabalmente la voluntad de la propia vida»¹⁵. Por eso la cultura necesita (baste puntualizar por el momento: sólo en ocasiones) de la guerra para poder «levantarse» ante el decaimiento y la mediocridad, y tampoco puede separarse (ahora sí: nunca) de ella, por todo lo que ésta conlleva. Por eso, admitirá ya a finales de 1878, que la guerra puede servir de *phármakon*, esto es como *Heilmittel*, para pueblos agotados, funcionando así como *Brutalitäts-Cur*¹⁶. Pero, recordémoslo, el *phármakon* griego puede ser tanto un medicamento como un veneno. Por eso, finalmente, no hay construcción, sin destrucción de lo anterior¹⁷. Los cíclopes de la cultura. Y a los cíclopes en la mitología griega se les asigna un papel destructor sí, pero también constructor. Con esta idea el propio Nietzsche tituló así uno de los párrafos pertenecientes al libro quinto de *Humano, demasiado humano*, que no en balde lleva por título «Indicios de cultura superior e inferior». Resta saber, pues, qué hace que una cultura sea de una u otra clase y cómo encaja la guerra con todo ello. Recuperemos de nuevo el contenido de ese párrafo: «Los cíclopes de la cultura. A quien ve esas arrugadas hondonadas en que se han depositado glaciares, apenas le parece posible que llegue un tiempo en que en el mismo lugar se extienda un valle de praderas y bosques surcado por arroyos. Lo mismo ocurre en la historia de la humanidad: las fuerzas más salvajes abren camino, primero destruyendo, pero su actividad era pese a ello necesaria para que más tarde levantase aquí su casa una civilización más apacible. Las energías pavorosas – lo que se llama el mal – son los cíclopes arquitectos e ingenieros de caminos de la humanidad»¹⁸.

Tres eran, según los mitógrafos, las especies de Cíclopes: los «uranios», hijos de Urano y Gea; los Cíclopes sicilianos, como Polifemo, «amigo» de Nadie/Odiseo; y los Cíclopes constructores. Los primeros, Brontes, Estéropes (o Astéropes) y Arges, pertenecen a la primera generación divina y liberados por Zeus de las cadenas que les apresaban al Tártaro (esto es: a las entrañas de la tierra), dieron como dones a los dioses olímpicos el trueno, el relámpago y el rayo con los que éstos derrotaron a los Titanes. Los segundos, dedicados al pastoreo, se localizaban cerca de Nápoles y,

¹³ Friedrich Nietzsche: «¿Qué es aristocrático?» en *Más allá del bien y del mal*, Alianza Editorial, Madrid, 1978, págs. 221–222, § 259. Traducción de Andrés Sánchez Pascual. Recordemos que esta obra es del año 1886.

¹⁴ Que, lejos de ser entendida como un ansia de dominio tiránico, impuesto por la fuerza, ha de serlo como fuerza pujante, como un querer más.

¹⁵ Friedrich Nietzsche: «¿Qué es aristocrático?» en *Más allá del bien y del mal*, op. cit., pág. 222, § 259.

¹⁶ Félix Duque: *Los buenos europeos. Hacia una filosofía de la Europa contemporánea*, Ediciones Nobel, Oviedo, 2003, pág. 82.

¹⁷ Algo que él mismo aplicará a su propia filosofía utilizando metáforas de carácter subversivo como la «reja de arado», la cual socava la tierra para que sobre ella pueda germinar la cosecha, esto es: no construye nada pero posibilita su construcción. Esta imagen podemos encontrarla, por ejemplo, en «Humano, demasiado humano. Con dos continuaciones» en *Ecce Homo*, Alianza Editorial, Madrid, 2003, pág. 91. Recordemos, además, que en la época de *Humano, demasiado humano* su filosofía se caracteriza por lo que niega, no por lo que afirma, por ser «crítica». De ahí su «paso por el desierto»: el inicio de una nueva travesía necesita de la catarsis.

¹⁸ Friedrich Nietzsche: «Indicios de cultura superior e inferior» en *Humano, demasiado humano*, vol. I, op. cit., §246, pág. 162.

pese a ser de ascendencia divina, mucho distaban de los «uranios». Finalmente, los cíclopes constructores, *Quirogásteres*, no eran hijos de Urano, sino que constituían todo un pueblo al que se adjudicaría la construcción de los grandes monumentos por su fuerza sobrehumana. ¿Qué fuerzas salvajes son los *ciclópeos arquitectos e ingenieros de caminos de la humanidad*? Desechamos los segundos: nada construyen. Nos quedamos con los primeros, hijos de Gea y Urano y, por tanto... ¡titanes!, que con ellos hemos empezado y con ellos cerramos esta introducción. Pero son titanes distintos éstos: forjadores de las armas divinas (y algo tiene que ver eso con la guerra) y, aprisionados bajo la masa de las montañas, causantes del temblor de la tierra¹⁹. Con ellos caen dioses y con ellos otros se elevan. Pero también rescatamos a los terceros, que para algo son, y no en balde, los constructores de los grandes monumentos de la humanidad.

Solapadamente, dos ideas hemos adelantado ya: que la guerra (o sus *sucedáneos*) no puede ser extirpada (estando como está, al servicio de la voluntad de vivir) y que permanece latente como los cíclopes / titanes bajo el Tártaro, dentro de la montaña sobre la que vive Zaratustra. Y si tres eran los tipos de cíclopes, tres serán también, pero no como consecuencia, las partes de este ensayo. Una última idea antes de comenzar «*Lo que yo traigo es la guerra. No entre pueblo y pueblo*»²⁰. Vislumbramiento del *pólemos* cultural. Palabra de Nietzsche.

I.- El Estado Griego. Kultur vs. Zivilisation. El problema de la política moderna.

«*las fuerzas más salvajes abren camino*»

Que la guerra esté al servicio de la voluntad lleva consigo muchas consecuencias: desde las guerras médicas hasta el imperio de Napoleón, «condensador cultural», pero por esas urdimbres aún no nos aventuraremos no sea que, corriendo demasiado, perdamos el hilo y en vez de tapiz tengamos ovillo. Faltan puntos todavía por hilvanar en los tejidos/textos de Nietzsche para destacar la hebra «guerrera». Las guerras culturales se vislumbran a lo lejos, pero es pronto para dar saltos hacia delante sin haber dado antes «un paso hacia atrás». Por ahora no poco hemos dicho: que la guerra (o sus *sucedáneos*) no puede ser extirpada y que permanece latente bajo la montaña/entraña. Una tercera añadamos ahora: que la guerra es un mecanismo civilizatorio... ¿civilizatorio? ¿no sería mejor decir «cultural»? En la época del *Estado griego* y del *Nacimiento de la tragedia*, lo que se ha denominado «joven Nietzsche», aparece una de las contraposiciones que más ríos de tinta ha hecho correr, y cuyos coletazos llegaron nada más y nada menos que hasta las guerras mundiales (no por causa de Nietzsche, claro) nos estamos refiriendo a la oposición Kultur / Zivilisation o, lo que es lo mismo en Nietzsche, Cultura alemana Vs. Barbarie francesa encarnada en la guerra franco-prusiana²¹. Mucho esperaba

¹⁹ «*Pues cuando la verdad entable lucha con la mentira de milenios, tendremos conmociones, un espasmo de terremotos, un desplazamiento de montañas y valles como nunca se había soñado. El concepto de política queda entonces totalmente absorbido en una guerra de los espíritus, todas las formaciones de poder de la vieja sociedad saltan por los aires – todas ellas se basan en la mentira. Sólo a partir de mí existe en la tierra la gran política*». En Friedrich Nietzsche: *Ecce homo*, Alianza Editorial, Madrid, 2003, pág.136. Traducción de Andrés Sánchez Pascual.

²⁰ Friedrich Nietzsche: *La gran política*, Fragmentos póstumos. Citado por Félix Duque: op. cit., pág. 130.

²¹ Tratar en profundidad el problema de la oposición Kultur/Zivilisation nos ocuparía otro ensayo. Sería pertinente remontarnos hasta Herder. Brevemente baste señalar en esta

Nietzsche de esta guerra que interpretaba como una irrupción de lo dionisiaco²². La guerra se constituía heracliteamente como el padre de todas las cosas, la «*fuerza salvaje que hacía camino*» para la restauración de la cultura trágica bajo nuevos vestidos teutones. Por eso, poco después de su estallido en el verano de 1870, Nietzsche no tardó mucho en alistarse, comprobando así su concepción dionisiaca del mundo como «*glorificación y transfiguración de los medios espantosos y la horridez de la existencia como instrumento de curación de la misma*»²³. La civilizada Francia, heredera de la cultura socrático-alejandrina, era la enfermedad; la guerra, la cura. Esperanza en el renacimiento de la cultura: *phármakon*.

Las heridas en el frente (a partir de ese momento comenzaron sus problemas de salud) y todo lo vivido durante la guerra, dejaron su impronta en el “joven Nietzsche” en unos textos acerca de la guerra y la esclavitud en Grecia, entre los que se encontraba *El Estado griego*, que en un principio estaban destinados a formar parte del *Nacimiento de la tragedia*, pero finalmente no fueron incluidos²⁴. Duros textos éstos: «*Por eso nos es lícito comparar la magnífica cultura con un vencedor salpicado de sangre que, en su magnífica marcha triunfal, arrastra a los vencidos como esclavos atados a su carro, a los cuales un poder humanitario ha vendado los ojos, de modo que, casi aplastados por las ruedas del carro, sin embargo exclaman todavía: “¡Dignidad del trabajo!”, “¡Dignidad del hombre!”*»²⁵. Estas palabras no dejan de recordarnos a Aristóteles como tampoco se las dejaron de recordar al propio Nietzsche como en este fragmento de 1871: «*El vencido pertenece al vencedor, junto con mujer e hijos, bienes y vida. La violencia produce el primer derecho; y no hay derecho que no tenga a la violencia como fundamento*»²⁶. Pero no sólo encontramos esta apología de la esclavitud y de la guerra, tan “enjundioso” texto da para mucho más: el Estado aparece como una antorcha que devora al género humano, la familia y la mujer son vistos bajo una perspectiva bastante «peculiar», aparece también su idea del Genio y de la estirpe de ociosos... baste señalar estas ideas para embastar a partir de ella el correoso nudo de la guerra.

La victoria o la derrota en la guerra franco-prusiana significaba, además, el triunfo o el fracaso de una determinada concepción del mundo: no sólo estaba en juego una pugna entre «naciones» civilizadas (Francia y con ella Inglaterra) y la Kultur alemana, sino también el renacimiento de la cultura trágica frente a la cultura socrático-alejandrina. El conflicto tenía por tanto un sentido eminentemente cultural (al menos para Nietzsche) y, por eso en la Primera Intempestiva (1873) señalara el tipo de fin que debería perseguir esta guerra. «*Lo que subyacía a la guerra era la*

contraposición dos ideas fundamentales: 1) La cultura debe ser entendida como conjunto de fenómenos y manifestaciones que se circunscriben al ámbito del espíritu (arte, filosofía, moral), en este sentido ha de interpretarse la definición que de cultura nos da Nietzsche: «*La cultura es ante todo la unidad de estilo artístico de todas las manifestaciones vitales de un pueblo*» en *Consideraciones intempestivas I. David Strauss, el confesor y el escritor*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, pág. 30. (traducción de Andrés Sánchez Pascual). Todo lo demás no es cultura. En cambio, por Zivilisation designamos todas las características adscritas a un grupo humano; 2) La cultura es aquello que caracteriza la singularidad de un determinado pueblo (Volk). Frente a esta idea, la Zivilisation es aquello que caracteriza a toda la humanidad (Menschen).

²² Rüdiger Safranski: *Nietzsche. Biografía de un pensamiento*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2001, pág. 69. Traducción de Raúl Gabás.

²³ Friedrich Nietzsche: *La visión dionisiaca del mundo*, 1, 570. Citado por Rüdiger Safranski: op. cit., pág. 70.

²⁴ El motivo no es de extrañar: bastante polémicos resultaban por sí solos los planteamientos *El nacimiento de la tragedia* en el ámbito de la Filología, como para rematarlos incluyendo un prólogo de tan conflictivo contenido político como *El Estado griego*.

²⁵ Friedrich Nietzsche: *Fragmentos póstumos sobre política*, op. cit., §48, pág. 86.

²⁶ Ibid., § 48, pág. 88. Nietzsche cita a Aristóteles (Política, 1255 a).

autoafirmación del ser alemán (*deutsche Wesen*), el retorno a sí mismo del espíritu alemán, durante mucho tiempo esclavizado, lo que significa el renacimiento de la cultura clásica»²⁷. La idea del retorno al espíritu alemán no es fruto de un cambio de parecer: aparece desde el comienzo de la guerra en 1870 «Aquí alienta en nosotros el sentimiento de que el nacimiento de una edad trágica ha de significar para el espíritu alemán únicamente un retorno a sí mismo, un bienaventurado reencontrarse, después de que, por largo tiempo, poderes enormes, infiltrados desde fuera, habían forzado a vivir esclavo de su forma al que vegetaba en una desamparada barbarie de la forma»²⁸. Lo que estaba en juego era, pues, la restauración de la cultura trágica. Nietzsche había encontrado en la Antigüedad un modelo de cómo la guerra, que distaba mucho de ser, como veremos más adelante, una «guerra de conquista» (frente al *bellum omnia contra omnes*), podía servir a una cultura. Por eso en *El Estado griego* afirmará que es mediante guerras periódicas, que nos sumergen en la dimensión dionisiaca-heraclítea, como se da el florecimiento de la cultura. Ésta necesitaría de un subsuelo cruel para dejar crecer la «flor» que supone el Genio²⁹ y de ahí que, en la conexión entre el campo de batalla y la obra de arte, se revele la verdad de la cultura (donde se engazaría la metafísica de artista). *El Estado griego* contiene la idea de una hermanación entre Grecia y Alemania, de ahí que hable de un «renacimiento alemán del mundo helénico»³⁰. «Veía Nietzsche a su Germania como sucesora aventajada de Grecia»³¹. En septiembre de 1870 – enero de 1871 dirá «Superación de la “Ilustración” y de sus principales pensadores»³². Alemania se encuentra en la misma situación en la que estuvo Grecia, sólo que caminando hacia atrás: nosotros hemos llegado al periodo de las guerras médicas»³³.

Frente a la Zivilisation, la Kultur constituía para Nietzsche un ambiente cultural, que la civilización entendida como mera “superficialidad”, trataba de “estrangular” acusándola de bárbara. «Naturalmente, el francés pensó en su civilización victoriosa en toda la tierra y en el grado de imitación atrofiada que, de ella, encuentra en la sociedad alemana: dijo que tal sociedad no tenía cultura, porque no ha producido ninguna y porque ni una vez pudo imitar con destreza una cultura existente, como, por ejemplo, ha de concederse a los rusos. Y por eso fue tan terrible todo el peligro de la guerra, porque pudo destruir el fruto que crece con sigilo»³⁴. En este sentido, al hombre «civilizado» (podríamos decir: cortesano) se le opondría el hombre «culto», formado (en el sentido de *Bildung*) y frente al mundo de la banalidad y la superficialidad, encontraríamos un nuevo ideal estético-moral expresado en el hombre de la Kultur. Pero, la esperanza en el renacimiento de la cultura, no tardaría en convertirse en decepción. La victoria del pueblo alemán tuvo amargo sabor. Si de lo que se trataba era de obtener una victoria «cultural» sobre la civilización francesa y

²⁷ José Emilio Esteban Enguita: «Introducción. La máscara política de Dioniso», estudio introductorio de *Fragmentos póstumos sobre política*, op. cit., pág. 34. Y continúa: «El espíritu que animó a Lutero, Bach, Beethoven (...) reclamaba con la guerra su derecho a existir. El enfrentamiento bélico contra Francia es la expresión de la disputa entre la patria (*Heimat*) cultural alemana, vejada y sometida, y la civilización occidental, fuerza colonizadora que había engullido y triturado el espíritu trágico que caracteriza lo alemán».

²⁸ Friedrich Nietzsche: *El nacimiento de la tragedia*, Alianza Editorial, Madrid, 1997, pág. 159. Traducción de Andrés Sánchez Pascual.

²⁹ A este respecto no sólo se necesita la crueldad de la guerra, sino también la esclavitud.

³⁰ Friedrich Nietzsche: *Fragmentos póstumos sobre política*, op. cit., §50, pág. 106.

³¹ Félix Duque: op. cit., pág. 84.

³² Como el «canalla» Rousseau.

³³ Friedrich Nietzsche: *Fragmentos póstumos sobre política*, op. cit., § 8, pág. 58. (Septiembre 1870 – enero 1871)

³⁴ Friedrich Nietzsche: *Fragmentos póstumos sobre política*, op. cit., § 66, pág. 116. Fragmento del verano de 1872 – principio de 1873.

asegurar un porvenir al pueblo alemán, la caída que sufrió Nietzsche fue desde muy alto. Y si en la Primera intempestiva, Nietzsche anunciaba el peligro de confundir la victoria militar con la cultural, en la Segunda intempestiva iba un paso más allá: alertaba del peligro que suponía la politización del espíritu alemán como consecuencia de la victoria bélica y volvía a insistir en que el fin que debía perseguirse era el de la creación de una verdadera cultura (la trágica, claro). «*La política, ya sea en el orden del pensamiento (concepción trágica del mundo), ya en el de la realidad (lo que Nietzsche denomina Estado), tiene una función instrumental dentro de la forma de existencia trágica: en el primer caso, es un medio requerido por la totalidad concebida por la filosofía trágica; en el segundo, es un medio imprescindible para la creación de las condiciones necesarias que hacen posible la continuidad del genio a través del tiempo*»³⁵.

Lejos de vencer culturalmente, Prusia cedía ante la cultura oficial de los «cultifilisteos». La deficitaria situación política y cultural de Alemania llevaría a Nietzsche a sostener que sólo dos soluciones eran posibles para enmendar tal situación: la guerra y el estado militar³⁶. La metafísica de artista y su pensamiento político no pueden ser entendidas separadamente en este periodo, por ello, la derrota solapada de la Kultur alemana (pese a la victoria militar) suponía también la imposibilidad de una hegemonía cultural que llevaría consigo el germen a partir del cual pudieran darse las condiciones óptimas para la consecución del genio y para la recuperación de la cultura trágica³⁷.

La honda preocupación que Nietzsche sentía por la situación política de su país, le llevaba a pensar que era la guerra la única solución para la enferma y debilitada Alemania³⁸. El liberalismo, el socialismo y el nacionalismo eran las amenazas que debían ser combatidas. Ellas eran el elemento infectado de la sociedad, la matriz ideológica del horizonte de los tiempos modernos. Pregonaban la igualdad y sostenían que el origen del Estado era el pacto. Pero lejos de esos planteamientos, Nietzsche sostendrá todo lo contrario: no hay pacto, ni acuerdo, ni contrato en el origen del Estado, sino violencia. «*Origen del estado, derecho de guerra bárbaro*»³⁹. Nietzsche sostiene que, frente a la concepción del Estado que deriva del pensamiento de la Revolución Francesa y de la Ilustración⁴⁰ (liberalismo, socialismo y nacionalismo) y para la cual el concepto de Nación conllevaba que ésta fuera un

³⁵ José Emilio Esteban Enguita: op. cit., pág. 131.

³⁶ Friedrich Nietzsche: *Fragmentos póstumos sobre política*, op. cit., § 48, pág. 92.

³⁷ Puesto que el triunfo de la «civilizada» Francia llevaría aparejada la victoria de la cultura socrático-alejandrina, la derrota de la Kultur suponía así mismo la derrota de la cultura trágica. Años más tarde, como veremos, el ideal de la cultura trágica se irá disolviendo. En este sentido, podemos decir que *El Estado griego* no es un estudio que trate de recuperar las instituciones griegas o describirlas, sino más bien Nietzsche se sirve de estas descripciones para señalar las insuficiencias de la política en la modernidad y para, posteriormente, destruir las causas de estas insuficiencias, de manera que se pueda proceder a su reconstrucción.

³⁸ Esto no conlleva que Nietzsche fuera un nacionalista, nunca lo fue. En todo caso podríamos señalar que, en el Nietzsche de juventud (si es que se puede hablar de etapas diferenciadas), éste se caracterizaría por un nacionalismo cultural, mientras que en el Nietzsche maduro no hay nacionalismo que constatar: simplemente no lo era. Recordemos lo que nos dice en *Humano, demasiado humano*, vol. I., op. cit., §323, pág. 98: «*Ser buen alemán significa desalemanizarse*». De este modo se darían al traste con acusaciones-títere que lo hubieran tachado de adalid de doctrinas racistas (recordemos que Nietzsche es de los primeros pensadores en apostar por el «cruce» de culturas) y apología del orgullo alemán (motivado sobre todo por la mala interpretación de la desafortunada formulación de la «bestia rubia»).

³⁹ Friedrich Nietzsche: *Fragmentos póstumos*, op. cit., § 22, pág. 62.

⁴⁰ No en balde dirá: «*Los enemigos comunes de la cultura y del sentido metafísico: Ilustración, Revolución, Naturaleza, etc. Por eso pertenecen a la misma familia*». Ibid, § 86, pág. 126.

conjunto de ciudadanos libres e iguales ante la ley⁴¹, el origen del Estado⁴² es la violencia como fuente de todo derecho y de toda organización política. Vistas así las cosas, la guerra, entendida como estado de lucha entre dos o más bandos, daría origen a una serie de derechos del país vencedor sobre el vencido que, además estarían legitimados. El Estado además tendría un origen metafísico, esto es: si en su origen empírico el origen se sitúa en la violencia, en el metafísico se sitúa en la voluntad. La paradoja radica en que empíricamente el Estado es una maquinaria sangrienta, pero en el plano metafísico la masa ciega y egoísta encuentra una elevación moral y ética⁴³.

La particular *Kulturkampf*, lucha cultural, de Nietzsche comenzará a partir de 1873. El Segundo Reich representará la degeneración de la cultura alemana. La guerra, lejos de ser un *phármakon*, se ha vuelto contra la cultura trágica, por eso dirá en 1874/75: «*La mayor parte de las veces el vencedor se convierte en un necio; el vencido en un ignorante. La guerra simplifica. Tragedia para los hombres. ¿Cuáles son los efectos que produce sobre la cultura? Indirectos: barbariza y, por eso, nos hace más naturales. La guerra es un letargo de la cultura. Directos: intento prusiano del Einjahrsfliegen, unido a una disminución segura del servicio a las condiciones de la cultura*»⁴⁴. El Segundo Reich, convertido en potencia nacionalista y con una cultura oficial de «cultifilisteos», representa el total exterminio y desarraigo de la cultura si entendemos a ésta como la «perfecta unión del espíritu y la vida de un pueblo». La victoria alemana ha traído consigo, pues, no la victoria cultural, sino su derrota «*¿Cómo considera actualmente el filósofo a la cultura de nuestro tiempo? Por cierto que de forma muy distinta que esos profesores de filosofía satisfechos con su Estado. Le parece advertir poco menos que los síntomas de un total exterminio y desarraigo de la cultura, cuando piensa en la prisa general y en la creciente velocidad de caída, en la terminación de toda contemplación y simplicidad. Las aguas de la religión se retiran, dejando atrás pantanos o lagunas; las naciones se enfrentan de nuevo unas a otras con hostilidad enconada y ansían despedazarse. Las ciencias, practicadas sin medida alguna y con el más ciego laisser faire, desintegran y disuelven todo lo que se creía firme; las clases cultas y los Estados son arrastrados por un régimen capitalista y grandiosamente despreciable. Nunca el mundo fue más mundo, nunca más pobre en amor y bondad. Las clases eruditas no son ya faros o asilos en medio de todo este*

⁴¹ «¿Dónde son iguales los hombres? ¿Dónde son libres?». Ibid., §15, pág. 60.

⁴² El Estado en Nietzsche es un Estado autoritario en el que no caben ni la libertad en el sentido negativo (=soy libre en la medida en que ningún hombre ni grupo de hombres interfieren en mi actividad) ni en el sentido positivo (=quiero decidir, no que decidan por mí), siguiendo la distinción de Isaiah Berlin («Dos conceptos de libertad» en *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Alianza Editorial, Madrid, 2000, págs. 215 – 280). El modelo es autoritario porque no hay límite jurídico ni «por arriba» ni «por abajo» para la acción del gobierno. Frente al concepto de igualdad, en el Estado nietzscheano no cabe la isonomía, entendida como el derecho según el cual todos los hombres son iguales ante la ley. Hay una distinción equitativa de los derechos y los deberes: el resultado para Nietzsche es un Estado jerárquico donde los derechos y deberes van en función del puesto en esa jerarquía, por eso la esclavitud es necesaria para la cultura, como comenzamos señalando al inicio de este ensayo.

⁴³ Friedrich Nietzsche: *Fragmentos póstumos*, op. cit., págs. 99-101. «¡Y dónde no se puede ver el monumento de aquel origen, los países desolados, las ciudades destruidas, los hombres embrutecidos, el odio destructor entre los pueblos! El Estado, de origen indigno, es una fuente de penas para la mayoría de los hombres que fluye continuamente, la antorcha que, en periodos que se repiten con frecuencia, devora al género humano; y, sin embargo, un son con el que nos olvidamos, un grito de guerra que ha inspirado innumerables hechos verdaderamente heroicos, quizá el objeto más elevado y venerado por la masa ciega y egoísta, ¡que sólo en los monumentos espantosos de la vida del Estado tiene en su cara una expresión sorprendente de grandeza!» (pág.99)

⁴⁴ Ibid, § 82, pág. 124. Fragmento de principios de 1874 y primavera de 1875.

tumulto de secularización; ellas mismas son cada vez más tumultuosas, más huérfanas de pensamiento y amor. Todo sirve a la barbarie que se avecina, sin exceptuar la ciencia y el arte del presente. El hombre culto ha degenerado en el mayor enemigo de la formación, pues quiere hacer olvidar, mintiendo, la enfermedad general y estorbar a los médicos»⁴⁵. *Décadence* dirá años más tarde⁴⁶. Lo político se convierte en un títere de la bolsa y el Estado en un instrumento para el incremento del capital⁴⁷.

Vistas así las cosas ¿cambia su parecer respecto a la guerra? ¿es está más perjudicial para la cultura que beneficiosa? Pese a las funestas consecuencias que ha tenido para Alemania, Nietzsche no abandonará la idea de guerra como *phármakon*, elemento que permanecerá constante en su filosofía y seguirá afirmando la «indispensabilidad» de la guerra. No obstante, sus posiciones se «suavizarán» y, a diferencia de *El Estado griego* o *El nacimiento de la tragedia*, en los primeros escritos de *Humano, demasiado humano* (1878) dirá «*En contra de la guerra puede decirse: embrutece al vencedor, envilece al vencido*». Pero una cosa estará clara: la guerra será inherente a la cultura y por tanto no podrá ser extirpada. ¿Dónde queda la guerra entonces? «*Lo que yo traigo es la guerra. No entre pueblo y pueblo*»⁴⁸.

II.- Bellum versus Eroberungskrieg

«su actividad era pese a ello necesaria para que más tarde
levantase aquí su casa una civilización más apacible»

Pensar que la guerra franco-prusiana había constituido una especie de guerra *al estilo griego* y un «revalorizante» para la cultura había sido un error. De hecho, ya en 1873 la autocrítica le lleva a reconocer su equívoco y a aceptar que la guerra, esa guerra en concreto, no había tenido ningún influjo positivo en la vida ética, en la cultura y en el arte de Alemania. Por el contrario dirá que la guerra «*es capaz de transformar nuestra victoria en una completa derrota: en la derrota y hasta en la extirpación del Espíritu alemán (deutschen Geistes) a favor del "Imperio alemán" ("deutschen Reiches")*»⁴⁹. En todo caso su breve paso por el frente debió significar para Nietzsche un aviso de que no estaba ante ninguna *bellum*. Que se diera cuenta de ese error y que comenzara una lucha particular contra el IIº Reich no significa desde luego que rechazara la guerra «en general», sino que, todo lo contrario, para Nietzsche la guerra constituirá siempre ese *phármakon* que ya señalaran Kant o Hegel. La guerra, puesta al servicio del crecimiento y vigorización de la cultura, no podía ser mala, aunque el problema, claro está, era saber qué entendía Nietzsche por guerra. Frente a las *bellum omnia contra omnes* se situaban las *Eroberungskrieg*, las guerras de conquista, y frente a éstas, Nietzsche abogaba por las primeras consideradas por él como las

⁴⁵ Friedrich Nietzsche: *Schopenhauer como educador*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000, pág. 87. Traducción de Jacobo Muñoz.

⁴⁶ Como por ejemplo en el *Crepúsculo de los ídolos*, Editorial Alianza, Madrid, 1975 (traducción de Andrés Sánchez Pascual) en el §43, pág. 119. También encontramos afirmaciones referidas al Reich como «*el "Reich alemán", son derivaciones, necesidades derivadas de la decadencia*», § 37, pág. 113. Recordemos que el *Crepúsculo de los ídolos* es del año 1888.

⁴⁷ Se puede afirmar junto con Félix Duque que «*Nietzsche profetiza en efecto la muerte del Estado a manos de las grandes empresas (hoy, multinacionales)*» en op. cit., pág. 83.

⁴⁸ Friedrich Nietzsche: *La gran política*, Fragmentos póstumos. Citado por Félix Duque: op. cit., pág. 130.

⁴⁹ Friedrich Nietzsche: *Consideraciones intempestivas I. David Strauss, el confesor y el escritor*, op. cit., pág. 67.

«guerras al estilo clásico». Si aceptamos que para Nietzsche Alemania era la sucesora de Hesperia y de la cultura trágica, entonces la constatación de la sospecha acerca de la naturaleza de la guerra franco-prusiana, suponía que ésta se situaba lejos de las esperanzas del joven Nietzsche⁵⁰. Contrariamente a los intereses de éste lo que había sucedido durante la guerra era que «(...) los alemanes han mezclado todo con las guerras de liberación y han provocado la desgracia de la locura nacionalista»⁵¹. Y lejos de ser el caldo de cultivo que hiciera florecer la cultura y con ella el genio, Alemania caía bajo el yugo imperialista de Prusia. Muchos años después dirá «Yo no hago caso de esas guerras nacionales, de estos nuevos imperios (...) lo que me interesa es la unidad de Europa»⁵² y más «Los alemanes, como pueblo atrasado, echan a perder el gran proceso de la cultura europea»⁵³.

El corte más importante se da, sin embargo, en 1876 cuando producto de la autocrítica llega a sostener que la metafísica de artista es una respuesta insuficiente⁵⁴. Sus críticas a la democracia, al socialismo y al nacionalismo serán una de sus constantes. Se abre así un periodo denominado por algunos del «espíritu ilustrado» desde *Humano, demasiado humano* hasta la *Gaya ciencia*, que le lleva a analizar sus anteriores planteamientos en un proceso catártico que le purgue de todos aquellos ideales que impedían un planteamiento genuino del problema de la existencia de lo dionisiaco. Las ideas políticas de Nietzsche cambian, y sobre todo también lo hace el horizonte filosófico en el que se desarrollan los presupuestos filosóficos de su juventud. Se disuelve la contraposición Kultur/Zivilisation⁵⁵ y la guerra aunque no puede ser extirpada (además continúa siendo uno de los procesos civilizatorios), sí puede ser relativamente «apaciguada». El problema que se plantea es que si guerra y cultura forman parte de una voluntad de vivir que todo lo devora ¿no se sigue de eso el carácter violento que se haya implícito en la cultura de los pueblos? ¿Cómo puede ser la guerra apaciguada? Nos encontramos en dos planos diferentes: de ahí que no haya contradicción alguna, sino estratificación. Para Nietzsche, la guerra puede constituir un «estimulante cultural», pero además si ésta forma parte de una vida que se caracteriza por ser «esencialmente apropiación, ofensa, avasallamiento de lo que es extraño y más débil, presión, dureza, imposición de formas propias, anexión y, al menos, en el caso más suave, explotación»⁵⁶, entonces lo que caracterizará a los pueblos es la constante necesidad de acudir a la guerra o a «sucedáneos» para calmar esos impulsos violentos. Dos planos, dos reflexiones.

⁵⁰ A este respecto recordemos una de las cartas que Nietzsche envía a su madre el 7 de noviembre de 1870: «Tengo a la Prusia actual por una potencia altamente peligrosa para la cultura».

⁵¹ Friedrich Nietzsche: *Fragments póstumos sobre política*, op. cit., § 195, págs. 164-165. Fragmento de la primavera de 1884.

⁵² Ibid., § 222, pág. 171.

⁵³ Ibid., § 195, pág. 164.

⁵⁴ Los cambios fundamentales en esta etapa pueden ser resumidos en tres: 1) La disolución de la metafísica de artista y con ello de la supremacía de la sabiduría clásica sobre la ciencia (*Humano, demasiado humano*, op. cit., § 10, págs. 46-47, *Humano, demasiado humano*, vol. II, §12, págs.16); 2) Se elimina el ideal de cultura clásica y todo lo que ello implica. Eliminada la metafísica de artista se elimina el criterio por el que se establecía una jerarquía entre las diversas culturas. Queda eliminada la distinción cultura / civilización; 3) El ideal del Genio queda arrinconado (*Humano, demasiado humano*, vol. I, §164, págs. 127-128). Aparece además en este Nietzsche una dimensión crítica, no constructiva con tres críticas fundamentales a la democracia, al socialismo y al nacionalismo.

⁵⁵ Ahora cuando Nietzsche habla de cultura designa aquello que antes denominaba civilización.

⁵⁶ Friedrich Nietzsche: «¿Qué es aristocrático?» en *Más allá del bien y del mal*, Alianza Editorial, Madrid, 1978, págs. 221-222, § 259. Traducción de Andrés Sánchez Pascual. Recordemos que esta obra es del año 1886.

El carácter violento de los pueblos

«Los cíclopes de la cultura» nos remite casi inevitablemente al título de otro párrafo de *Humano, demasiado humano*: «La época de las estructuras ciclópeas»⁵⁷. No es ahí, sin embargo, donde queremos ir a parar. Nuestros cíclopes hacen más bien referencia a la destrucción previa e inevitable para el renacimiento de una cultura, como ya se puede comenzar a atisbar. Es cierto que este párrafo contiene una crítica a la democracia, de la que señala su carácter «imparable», pero donde queremos remitirnos es a otro fragmento de la misma obra «La guerra, indispensable»: «Es vana quimera y belleza de alma esperar de la humanidad mucho aún (o incluso, sólo mucho sin más), cuando haya aprendido a no guerrear (...) la cultura no puede prescindir en absoluto de las pasiones, los vicios y las maldades»⁵⁸. Entonces ¿cómo «librarnos» de la guerra? No es posible, pero sí lo es buscar «sucedáneos». Como tales hay que interpretar, nos dice Nietzsche, los viajes de descubrimiento ingleses o los combates de gladiadores en Roma. Son la válvula de escape de nuestros instintos. «Se descubrirán todavía muchos de tales sucedáneos de la guerra, pero tal vez con ellos se irá comprendiendo cada vez más que una humanidad tal elevadamente cultivada y por consiguiente necesariamente fatigada como la de los europeos actuales, precisa no sólo de las guerras, sino de las guerras más grandes y terribles – es decir, de recaídas ocasionales en la barbarie – para no sacrificar a los medios de la cultura de su cultura y su existencia mismas»⁵⁹. La guerra o ésta «filtrada» bajo sus sucedáneos, indispensable, inevitable.

La historia de la humanidad es la historia de su cultura y si ésta necesita de destrucciones para poder volver a renacer, entonces las estructuras ciclópeas forman parte de la historia de la humanidad. «Las energías pavorosas – lo que se llama el mal – son los ciclópeos arquitectos e ingenieros de caminos de la humanidad». Cultura y guerra irían de la mano en esta peculiar historia de los pueblos «Es optimismo esperar todavía mucho de una humanidad que no está empeñada en ninguna guerra. El egoísmo furibundo, el odio entre las naciones, el bellum omnium contra omnes, es necesario para llevar a la humanidad primavera, verano y otoño»⁶⁰.

El papel de la guerra

Después de lo dicho, parece inevitable hablar de esa inevitabilidad de la guerra. Sería fácil ahora tachar a Nietzsche del «filósofo de la guerra», pero hacerlo sería quedarse sólo en la capa superficial de su pensamiento. A este respecto no podemos dejar de hacer notar que *Humano, demasiado humano* está dedicado a Voltaire, el cual no en balde decía aquello de «Más civilización, menos guerras». «De la doctrina del ejército como un medio de legítima defensa debe adjugarse tan radicalmente como de los afanes de conquista»⁶¹.

Nietzsche tan sólo admite la guerra siempre y cuando ésta sea necesaria para el renacimiento de la cultura, cuya expresión más elevada se daría en el momento en el que, debido a su superioridad y «sin miedo» a los demás pueblos, decida «romper la espada» e iniciar una paz real, dejando fuera una guerra siempre latente bajo la denominada «paz armada»: «Y quizá llegue un gran día en que un pueblo distinguido por guerras y victorias, por el más alto desarrollo de la disciplina y la inteligencia

⁵⁷ Friedrich Nietzsche: *Humano, demasiado humano*, vol. II, op. cit., § 275, págs. 200-201.

⁵⁸ Ibid, vol. I, § 477, págs. 231-232.

⁵⁹ Ibid., § 477, págs. 231-232.

⁶⁰ Friedrich Nietzsche: «Una ojeada al Estado», en *Humano, demasiado humano*, vol. I, op. cit., pág. 231, § 477.

⁶¹ Friedrich Nietzsche: *Humano, demasiado humano*, vol. II, op. cit., § 284, pág. 204.

militares, y habituado a hacer los más grandes sacrificios por estas cosas, exclame espontáneamente: “Nosotros rompemos la espada”, y desmantele hasta sus últimos cimientos su organización militar. Desarmarse cuando se ha sido el más armado a partir de una altura del sentimiento, ése es el medio para la paz real, que siempre tiene que estribar en una paz de actitud; mientras que la llamada paz armada tal como hoy en día se da en todos los países, es la cizaña de la actitud que desconfía de sí y del vecino, y, a medias por odio, a medias por temor, no depona las armas»⁶². De esa forma es necesario entender la cita del comienzo de estas páginas «su actividad era pese a ello necesaria para que más tarde levantase aquí su casa una civilización más apacible». Por eso, puesto que esa cultura superior se encuentra en un plano más elevado, ya no necesitará de la guerra para afirmarse.

Otra consideración a tener en cuenta es que el término «guerra» no sólo habría de ser entendido como una «lucha con armas entre dos o más países, que dura considerable tiempo, con diversas batallas y episodios»⁶³, sino que, además, Nietzsche alude también a él para referirse a una actitud polémica con lo establecido⁶⁴. Finalmente, en otros escritos, en los que las condiciones mentales del filósofo han hecho ya mella, se vislumbraría la idea de una guerra «de los espíritus»⁶⁵ que seguiría ligada, eso sí, al renacer de la cultura como proceso civilizatorio.

III.- Apéndice: Los nombres propios en el avance de la cultura. Los Condensadores Culturales.

Si bien es cierto que los planteamientos derivados de la Revolución Francesa han tenido pésimas consecuencias para la Kultur, también lo es la admiración de Nietzsche por Napoleón, «condensador cultural». Los grandes hombres alabados por Nietzsche: Goethe, Beethoven, Stendhal, Heine son todos «condensadores» en el ámbito de una guerra que ha de ser interpretada en el plano cultural. Ya sabemos lo que ello significa. A Napoleón le debemos, asegura Nietzsche, habernos introducido en la «edad clásica de la guerra», pero una época entendida como edad de guerras «intelectuales» (*gelehrten*): «A Napoleón (y no en modo alguno a la Revolución francesa, que buscaba la fraternidad entre los pueblos, universales y floridas efusiones de afecto) es a quien debemos el poder presentir ahora una serie de siglos guerreros que no tendrá igual en la historia; en resumen, el haber entrado en la edad clásica de la guerra intelectual y al mismo tiempo popular, de la guerra hecha en grande (por los recursos, los talentos y la disciplina que en ella han de emplearse) (...) El movimiento nacional del cual ha de salir esta gloria guerrera no es más que la reacción producida por los hechos de Napoleón, y no existiría si Napoleón no hubiera existido»⁶⁶. Atiéndase, además, a que este pasaje de la *Gaia ciencia* lleva por título «Nuestra fe en una virilización de Europa»⁶⁷, por lo que esa guerra, ya comenzada «la nueva edad bélica en la que nosotros los europeos hemos manifiestamente entrado»⁶⁸ está al

⁶² Friedrich Nietzsche: *Humano, demasiado humano*, vol. II, op. cit., § 284, pág. 204.

⁶³ Así aparece definida en el diccionario María Moliner.

⁶⁴ Félix Duque: op. cit., pág. 130.

⁶⁵ Friedrich Nietzsche: *Ecce homo*, op. cit., pág. 136.

⁶⁶ Friedrich Nietzsche: *Gaia ciencia*, Calamus Scriptorivus, Barcelona, 1984, §362, págs. 221-222. Traducción de Pedro González Blanco. (El quinto libro al que pertenece este fragmento data de 1887) Nos hemos permitido la licencia de modificar la traducción de González Blanco y volcar «*gelehrten*» por «intelectual» y no por «científica» por ser más exacta.

⁶⁷ Seguimos el planteamiento de Félix Duque en op. cit., págs. 77 – 133.

⁶⁸ Friedrich Nietzsche: *Más allá del bien y del mal*, Alianza Editorial, Madrid, 1978, § 209, pág. 151. Traducción de Andrés Sánchez Pascual. (1886)

servicio, como *phármakon*, de la «virilización» de Europa, entendida como «guerra intelectual». Este tiempo de guerra ha de ser entendida, ya lo hemos visto, como proceso imprescindible para el avance en la cultura⁶⁹.

Finalmente, los últimos días lúcidos del filósofo apoyan la idea de que Nietzsche admitía la guerra como necesaria tan sólo como antesala del incremento de cultura, pero nunca aceptaría la guerra real, disputada en los campos de batalla. En *La gran política* escribe «Lo que yo hago es llevar la guerra a todas esas cosas absurdas de pueblo, clase, raza, profesión, educación, cultura: una guerra como la que hay entre ascenso y ocaso, entre voluntad de vivir y sed de venganza contra la vida, entre probidad y mendacidad»⁷⁰. Por eso, calificar a Nietzsche de «filósofo antimoderno de la guerra» debe quedar ya completamente descartado: «Mejor perecer que odiar y temer, y doblemente mejor perecer que hacerse odiar y temer»⁷¹. El objetivo será pues «preparar ese por ahora tan lejano estado de cosas en que los buenos europeos aborden su gran tarea: la dirección y vigilancia de toda la cultura de la tierra»⁷².

⁶⁹ Una vez acabada la «edad clásica de la guerra», Nietzsche hablará del advenimiento de la «época trágica en pro de Europa» que luchará contra el nihilismo (1885/87) como advenimiento de la cura de la profunda crisis que aqueja Europa.

⁷⁰ Cita extraída de Félix Duque: op. cit., pág. 130.

⁷¹ Friedrich Nietzsche: *Humano, demasiado humano*, vol. II, op. cit., § 284, pág. 204.

⁷² Ibid., «El caminante y su sombra», op. cit., §87, pág.149.